

a su fin y que no podía esperar ayuda. Eran, sin duda, demasiados años de silencio: «... algunos de ellos están en “la casa” desde los tiempos de Burgess y Maclean». Dos pasos más, dos agujas que señalan un tiempo preciso en la vida del escritor.

Nada en efecto es casual en esta novela, ni siquiera el título, ya lo habíamos advertido, porque Castle y Greene comparten un mismo pueblo natal: Berkhamsted y una angustia que en su niñez les martirizó hasta la obsesión: el internado. Quizá Greene niño, al no tener la suerte de contar con un dragón amigo huyó del internado que regía su padre, justo al lado de su casa, y se adentró en la seguridad de las trincheras del ejido para encontrar a la fantástica criatura. Greene añade así su nombre a la lista de aquellos que como Hemingway, Dickens, Twain, etc., hacen válida la afirmación de Ortega de que «la literatura es niñez fermentada». De su niñez ha extraído Greene una de las claves principales de su obra de creación literaria: la frontera. «Un paso más allá de esa línea fronteriza, que recuerda a la que divide a los vivos de los muertos, reside en la incertidumbre, el sufrimiento y la muerte. Y, ¿qué hay allá? ¿Quién? ... Tienes miedo y, sin embargo ansías franquear esa línea». Lee Castle en *Guerra y Paz* de Tolstoi, su libro de claves, lo que en Greene es la clave: un hogar, apacible y grato y una escuela-internado que siempre le aterrorizó separados por tan sólo una puerta y unos metros, los mismos que apartaban el bien y el mal, tan diferentes y tan próximos. Latiendo casi al unísono a cada lado de esa sutil frontera, frontera existencial y moral, tensa al punto de quebrar, que Greene dará por herencia a sus personajes. Maclean y Burgess son otros claros puntos biográficos de referencia.

Vargas Llosa dice que en el hombre que escribe se combinan dos facetas, la racional y consciente de las convicciones y la que él denomina «el lado oscuro de la personalidad», es decir: las obsesiones, los instintos, la intuición. Señala, además, que ambas facetas entran a veces en contradicción, contradicción que «se encuentra en la condición humana y se reflejará de forma natural en esta expresión de lo humano que es la literatura». La personalidad es, en efecto «sede de contradicciones». Sólo así podemos comprender los diálogos crispados que, como una constante, se repiten en la obra de Greene entre personajes, los cuales, perteneciendo a campos ideológicos opuestos, acaban sintiendo una mutua atracción y simpatía. Quizá porque mientras Greene rechaza de plano algún campo ideológico concreto, admite sin embargo que otros se purifiquen recíprocamente mediante la mutua confrontación dialéctica encaminada a podar los aspectos negativos de unos y otros, acaso porque vislumbra en ellos un cierto paralelismo de ideales y una misma esperanza en la humanidad, esperanza que desemboca en una duda común. Efectivamente, sólo así podemos entender la dicotomía sesgada de Greene. Sesgada porque de él tira indudablemente más el ideal de su peculiar catolicismo, pero dicotomía al fin y al cabo por su «cierta simpatía» hacia la ideología que oficialmente es la cara de la cruz en la moneda: el comunismo, eso sí «adjetivado». Comunismo muy matizado y criticado, ya lo hemos advertido, como matizado y criticado es el catolicismo que profesa. Son los chispazos que saltan en las conversaciones mantenidas entre personajes comprometidos con aquellos países, pero disidentes de sus jerarquías o reticentes con ellas, los que dibujan el claroscuro del alma de Greene. Una vez un periodista le preguntó qué le gustaría

haber sido de no ser escritor, la respuesta fue: «vendedor de libros de ocasión». Halliday, el contacto secreto e impensado de Castle, el que posibilita «in extremis» su huida es librero y su mercancía los libros de ocasión. Ha evolucionado mucho Greene desde su Harry Lime de *El Tercer Hombre*.

No obstante, en un mundo en que los ideales primigenios han sido en parte subvertidos y manipulados por jerarquías hieráticas y mesiánicas que no admiten desviación de su pétrea ortodoxia y donde la duda consustancial al ser humano es tildada de herética, cuando no condenada a la locura (de la cual serían reos Monseñor Quijote y Halliday), piensa Greene que la única lealtad del hombre reside en la lealtad a sí mismo, esto es, la lealtad al factor humano. Factor Humano en el que Greene ha dejado tantas huellas. «Durante algún tiempo creí en su Dios, como casi había creído en el de Carson. Quizá nací para ser un creyente a medias», dice Castle refiriéndose al padre Connolly «¿o tal vez era O'Connell?» que se desvivía en las chozas de Soweto. Su deslealtad, de nuevo, le ha salvado. «Sólo sé que quien se encadena está perdido. El germen de la corrupción ha entrado en su alma». Es la cita de Conrad con la que Greene abre su última mejor novela. Una cita que, como hemos visto, tampoco es casual.

ESTEBAN M. PERAILE GÓMEZ
Paseo de la Dirección, 35
28039 MADRID

Relectura de Olegario Víctor Andrade

Durante la época colonial, las principales expresiones literarias hispanoamericanas se produjeron, como era natural, en México y Perú, que, como sedes virreinales, habían crecido culturalmente en mayor proporción que el resto del imperio español en el Nuevo Mundo. Bajo el signo del barroco, que finalmente integraría una síntesis nueva con el aporte iluminista, aparecieron varias obras de criollos y peninsulares, inspiradas en la realidad americana. Algunas pertenecen casi por entero a la literatura de la metrópoli, como la poesía épica de Alonso de Ercilla, y el teatro de Juan Ruiz de Alarcón, no sólo por su estilo sino, sobre todo, por su visión del mundo. En el caso de los criollos, fueron, pues, la manifestación de una mentalidad colonizada. Otras pertenecen cabalmente a las letras de nuestra América, como el neogongorismo de Sor Juana Inés de la Cruz y la neopicaresca de José Joaquín Fernández de Lizardi. Y hubo otras, por fin, que oscilaron entre una y otra actitud, como las crónicas del Inca Garcilaso de la Vega y las silvas de Andrés Bello.

Sin embargo, en el umbral del siglo XIX y durante la época de los movimientos emancipadores, la protagonización literaria hispanoamericana conoció un brusco desplazamiento. El romanticismo se desarrolló bajo el liderazgo del Río de la Plata,

en los países surgidos de las cenizas del último virreinato español, creado en 1776. Un uruguayo, José Artigas, diseñó para la región un programa federalista, popular y revolucionario; un paraguayo, Francisco Solano López, lo puso en práctica como estadista; y un argentino que se solidarizó con su causa, José Hernández, escribió no sólo la máxima composición literaria del siglo XIX en nuestra lengua —si exceptuamos la prosa de Martí—, sino también gran parte de los diagnósticos más lúcidos acerca de las funestas contradicciones que empezaba a padecer el proyecto de la Independencia latinoamericana.

Este desplazamiento de liderazgo cultural no puede extrañarnos. La región rioplatense, por su falta de metales preciosos, había sido largo tiempo abandonada por la Corona. En ella habían surgido tempranos movimientos autonomistas, como las Revoluciones Comuneras de Asunción, del siglo XVIII. El reformismo borbónico, que expulsó a los jesuitas, no sólo advirtió tarde el potencial agropecuario de la zona, sino que, por paradoja, estimuló a las élites criollas, llamadas a realizar en América los planes descentralizadores de Carlos III, a los que se había opuesto, con su tenaz ceguera histórica, la oligarquía aristocrática y eclesiástica de la península. Esta élite revolucionaria fue la primera generación latinoamericana en dar la espalda a las imposiciones dogmáticas de España y en concebir una perspectiva más universal, gracias a sus lecturas y, a veces, su vivencia personal de la cultura francesa. Así se explica que la región menos hispanizada del imperio asumiera con tanta energía la influencia de ese movimiento artístico e ideológico, que había alcanzado en Francia su máximo desarrollo revolucionario, y tratara de aclimatarlo en el Nuevo Mundo.

Pero el romanticismo rioplatense jamás experimentó una orientación unívoca. Bajo su dominio espiritual se debatieron profundas luchas ideológicas y estéticas. No es casual, por ejemplo, que mientras Mitre traducía, por lo demás mediocrementemente, a Dante, Hernández encontrara un nuevo lenguaje americano en la épica gauchesca. Ni que dos de las mejores prosas ensayísticas románticas, las de Solano López y Sarmiento, se hallasen irreconciliablemente opuestas en el terreno de las ideas y de la misma guerra genocida y neocolonial de 1864-70. ¿A qué se debe el antiguo ocultamiento de estos conflictos internos del romanticismo en el Plata? Una nueva «triple alianza» ha venido presentando una imagen distorsionada de ese proceso. Los profetas de la supuesta civilización liberal han hecho la apología de lacayos del imperialismo británico y denostado a patriotas como Solano López como «bárbaros». Los retóricos de la efusión populista han idealizado el caudillismo de algunos estancieros. Y, por fin, sociologistas ortodoxos han presentado a los auténticos próceres federalistas con admiración, sin duda legítima, pero sin precisar que el contexto precapitalista de aquella sociedad no permitía aún los entusiasmos proletarios. Conviene, pues, reinvestigar las líneas maestras del proceso ideológico rioplatense, así como sus contradicciones más sutiles, como la ecléctica obra de Alberdi, por ejemplo. Hay que reinterpretar las figuras de primera línea, como el uruguayo Bartolomé Hidalgo, el argentino Esteban Echeverría, el paraguayo Natalicio Talavera, además de los citados más arriba, entre otros. Mucho de eso ya se ha venido haciendo a través de recientes ensayos de críticos menos maniatados por la complicidad o la pereza crónica. Y deberíamos también rescatar del ocultamiento o la «carnavalización»